

serena, y andar con un palo como á tientas, y tenía observado que ningún pobre suele conmover á lástima mejor que un ciego.

—Está bien, me contestó mi desaliñado director; pero ¿sabe usted algunas relaciones? — ¡Qué he de saber, le respondí, si nunca me he metido á este ejercicio!— Pues, amigo, continuó él, es fuerza que las sepa, porque ciego sin relaciones es título sin renta, pobre sin gracia y cuerpo sin alma; y así es menester que aprenda algunas, como la *oración del Justo Juez, el despedimento del cuerpo y del alma*, y algunos ejemplos é historias de que abundan los ciegos falsos y verdaderos, las mismas que oirá usted relatar á sus compañeros, para que elija las que quiera que le enseñen.

También es necesario que sepa usted el orden de pedir según los tiempos del año y días de la semana; y así, los lunes pedirá por la Divina Providencia, por San Cayetano y por las almas del purgatorio; los martes, por el Señor San Antonio de Padua; los miércoles, por la Preciosa Sangre; los jueves, por el Santísimo Sacramento; los viernes, por los Dolores de María Santísima; los sábados, por la Pureza de la Virgen, y los domingos por toda la corte del cielo.

No hay que descuidarse en pedir por los santos que tienen más devotos, especialmente en sus días; y así ha de ver el almanaque para saber cuándo es San Juan

Nepomuceno, Señor San José, San Luis Gonzaga, Santa Gertrudis, etc., como también debe usted tener presente el pedir según los tiempos. En Semana Santa pedirá por la pasión del Señor; el día de Muertos, por las benditas ánimas; el mes de Diciembre, por Nuestra Señora de Guadalupe, y así en todos tiempos irá pidiendo por los santos y festividades del día; y cuando no se acuerde, pedirá por el santo día que es hoy, como lo hacen los compañeros.

Estas parecen frivolidades, pero no son sino astucias indispensables del oficio, porque con estas plegarias á tiempo, se excita mejor la piedad y devoción y aflojan el miedecillo los caritativos cristianos.

En esto se pusieron aquellos pillos á decir sesenta romances y referir doscientos ejemplos y milagros apócrifos, y cada uno de ellos preñado de doscientas mil tonterías y barbaridades, que algunas de ellas podían pasar por herejías ó cuando menos por blasfemias.

Aturdido me quedé al escuchar tantos despropósitos juntos, y decía entre mí: — ¿Cómo es posible que no haya quién contenga estos abusos, y quién les ponga una mordaza á estos locos? ¿Cómo no se advierte que el auditorio que los rodea y atiende se compone de la gente más idiota y necia de la plebe, la que está muy bien dispuesta para impregnarse de los desatinos que éstos desparraman en sus espíritus, y para abrazar cuantos errores les intro-

ducen por sus oídos? ¿Cómo no se reflexiona que estos espantos y milagros apócrifos que éstos predicán, unas veces inducen á los tontos á una ciega confianza en la misericordia de Dios, con tal que den limosna; otras á creer tal el valimiento de sus santos que se lo representan más allá que el mismo Poder Divino,<sup>1</sup> y todas ó las más, llenando sus cabezas de mentiras, espantos, milagros y revelaciones? Sin duda todo esto merece atención y reforma, y sería muy útil que todos los ciegos que piden por medio de sus relaciones, presentaran éstas en los pueblos á los curas, y en la capital y demás ciudades á algunos señores eclesiásticos destinados á examinarlas, los que jamás les permitieran predicar sino la explicación de la doctrina cristiana; trozos históricos eclesiásticos ó profanos; descripciones geográficas de algunos reinos ó ciudades y cosas semejantes; pero cualesquiera cosas de éstas, bien hechas, en buen verso y mejor ensayadas; y de ninguna manera se les dejara pregonar tanta fábula que nos venden con nombre de ejemplos.

Parece trivial mi reflexión, mas si se observara, el tiempo diría el beneficio que de ella podría resultar al pueblo rudo y los errores que impediría se propagasen.

En estas consideraciones me entretenía conmigo

<sup>1</sup> Los que hayan tenido la paciencia de atender á muchas relaciones de mendigos, sabrán que no hay aquí nada de falso.

cuando me llamaron á cenar, de lo que no me pesó, porque tenía hambre.

Sentámonos en rueda en un petate y sin otro mantel que el mismo tule de que estaba tejido; nos sirvió la Anita un buen cazuelón de chile con queso, huevos, chorizos y longaniza; pero todo tan bien frito y sazonado que sólo su olor era capaz de provocar el apetito más esquivo.

Luego que dimos vuelta á la cazuela, nos trajo un calabazo ó *guaje* grande lleno de aguardiente de caña, un vaso y otra cazuela de frijoles fritos con mucho aceite, cebolla, queso, chilitos y aceitunas, acompañado todo del pan necesario.

Cada uno de nosotros habilitó su plato, y comenzó el calabazo á andar la rueda, y cuando ya estábamos alegritos, me dijo el capataz de los mendigos:—¿Qué le parece á usted, camarada, de esta vida? ¿Se la pasará mejor un conde?—A fe que no, le contesté, y á mí me acomoda demasiado, y doy mil gracias á Dios de que ya encontré lo que he buscado con tanta ansia desde que tengo uso de razón, que era un oficio ó modo de vivir sin trabajar; porque yo es verdad que siempre he comido, si no ya me hubiera muerto; pero siempre ¿qué trabajo no me ha costado? ¿qué vergüenzas no he pasado? ¿qué amos imprudentes no he tenido que sufrir? ¿á qué riesgos no me he expuesto? ¿qué lisonjas no he tenido que distri-

buir, y qué sustos y aun garrotazos no he padecido? Mas ahora, señores, ¡cuánta no es mi dicha! ¿Y quién no envidiará mi fortuna al verme admitido en la honradísima clase de los señores mendigos, en cuya respetable corporación se come y se bebe tan bien sin trabajar? Se viste, se juega y se pasea sin riesgo; se disfrutan las comodidades posibles sin más costo que desprenderse de cierta vergüencilla, que no puede menos que ocuparme los primeros días; pero vencida esta dificultad, que para mí no será cosa mayor, después diablo como todos y aleluya.

Yo, señor capitán, y señores ilustres compañeros, les doy mil y diez mil agradecimientos, suplicándoles me reciban bajo su poderosa protección, ofreciéndoles en justa recompensa no separarme de su preclara compañía el tiempo que Dios me concediere de vida y emplearla toda en servicio de vuestras liberales personas.

Toda la comparsa soltó la carcajada luego que concluí mi desatinada arenga, y me ofrecieron su amistad, consejos é instrucciones. Se le dió otra vuelta al calabazo y no tardamos mucho en verle el fondo, así como se lo vimos á las cazuelas.

Nos fuímos á acostar en los petates, que cierto que son camas bien incómodas, y más, juntas con el poco abrigo. Sin embargo, dormimos muy bien, á merced del aguardiente que nos narcotizó ó adormeció luego que nos tiramos á lo largo.

Al día siguiente se levantó Anita la primera, dejando dormida á su infeliz criatura; fué á traer atole y pambazos y nos desayunamos.

Luego que pasó el toско desayuno, se fueron todos marchando para la calle con sus respectivas insignias. Yo me envolví la cabeza con unos trapos sucios, me colgué un tompiate con una olla al hombro, tomé mi palo, un perrito bien enseñado para que me guiase y salí por mi lado.

Al principio me costaba algún trabajillo pedir; pero poco á poco me fuí haciendo á las armas, y salí tan buen oficial, que á los quince días ya comía y bebía grandemente, y á la noche traía seis, siete reales, y á veces más á la posada.

Algún tiempo me mantuve á expensas de la piedad de los fieles, mis amados hermanos y compañeros. De día hacía yo muy bien mi diligencia, pero mejor de noche, pues como entonces no tenía gota de vergüenza, importunaba con mis ayes á todo el mundo con tan lastimosas plegarias, que pocos se escapaban de tributarme sus medicillos.

Una de estas noches, estando parado junto á la santa imagen del Refugio pidiendo con la mayor aflicción, ponderando mi necesidad, y diciendo que no había comido en todo el día, aunque tenía en el estómago bastante alimento y algunos tragos del de caña, pasó un hombre

decente á quien le acometí con mis acostumbrados quejumbres, y él, deteniéndose á escucharme, me dijo:— Hermano, me siento inclinado á socorrerlo, pero no tengo dinero en la bolsa. Si usted quiere, venga conmigo, que no le pesará. — Sea por amor de Dios, le dije; yo iré con su merced á recibir su bendita caridad; pero es menester que tenga tantita paciencia, porque yo no miro, y necesito de ir junto á su buena persona.

— Esto es lo de menos, dijo el caballero, yo, que deseo socorrerlo, hermano, nada perderé en servirle de lazarillo. Venga usted.

Tomóme de una mano y me llevó á su casa. Luego que llegamos me metió á su gabinete y me sentó frente de él en la mesa, donde había bastante luz.

¡Qué corrido no me quedé al advertir que el tal sujeto era puntualmente el mismo que me había dado tantos consejos en el mesón y me había guardado mi dinero! Pero como era ciego, por entonces disimulé, y el sujeto dicho me habló de esta manera:

— Amigo, yo me alegro de que usted no me conozca por la vista, aunque siento mucho su fatal ceguera que lo ha conducido al estado infeliz de pedir limosna, pudiendo estar en la situación de darla. No crea que lo pretendo reprender. Voy á socorrerlo, pero también á aconsejarle. Si usted no está muy ciego, bien me conocerá como yo lo conozco, y se acordará que soy el mismo

que fuí su depositario en el mesón. Sí, es fuerza que se acuerde, pues no ha pasado tanto tiempo; y si yo conocí á usted casi sin luz, en semejante despilfarrado traje y únicamente por la voz, usted ¿cómo no me ha de conocer mirándome muy bien, á favor de esta hermosa llama que nos alumbraba, en mi antiguo traje, oyendo el eco de mi voz y recordando las señas que le doy?

Ni me crea usted tan cándido que presuma que verdaderamente está usted ciego de los ojos del cuerpo, por más que esos andrajos me indiquen la ceguera de su espíritu.

Bien conozco que la situación de usted será tan infeliz que lo habrá obligado á abrazar esta carrera tan indecente por no meterse á robar; pero, amigo, sepa usted que no es otra cosa que un holgazán impune, una sanguiuela del Estado y tolerado ladrón, pero ladrón muy vil y muy digno del más severo castigo, porque es un ladrón de los legítimos pobres. Sí, señor, usted y sus infames compañeros no hacen más que defraudar el socorro á los realmente necesitados. Ustedes tienen la culpa de que yo y otros como yo jamás demos medio real á un mendigo; porque estamos satisfechos de que los más que piden limosna pueden trabajar y ser útiles, y si no lo hacen, es porque han hallado un asilo seguro en la piedad mal entendida de los fieles, que piensan que la caridad consiste en dar indiscretamente.